fundamentos y los resortes de su dicha. Aquellos que dirigen los destinos de los pueblos aprenderán ahí á darse á todos, como se da Jesucristo, no distinguiendo para la elevación de los hombres, sino sus méritos y sus aptitudes, ni atendiendo en todas ocasiones sino á la gloria de la Religión y al engrandecimiento de la patria. Los súbditos, reconociendo en el Dios de la Eucaristía la fuente eterna de todo derecho, comprenderán que solamente la virtud de la obediencia, la sumisión á toda autoridad legítima, puede procurarles la hermosura de la paz y un bienestar seguro; sin que los malvados logren ya convencerles de que la libertad consiste en otra cosa que en el desenvolvimiento de las facultades humanas dentro de la justicia, dentro de la equidad, dentro de la prudencia, dentro de la honradez. Los ricos, recibiendo á Aquél que decía á los pobres y los desgraciados: «Venid á mí los que trabajáis y estáis fatigados, que yo os consolaré» (1), experimentarán bien pronto que sólo se encuentra la tranquilidad en la opulencia, cuando se difunde como óleo santo la limosna entre los infortunados del mundo. El pobre, acercándose á la Mesa Eucarística, poseerá á aquel dulce Jesús que le recuerda la cuna de Belén, el sosiego y la felicidad de Nazareth, y sentirá allí que su frente está circundada de una doble auréola, como el doble anillo del planeta Saturno. Hasta el filósofo

(1) Matth., XI, 28.

que en el orgullo de su razón buscó al Sér Universal, al Sér Absoluto, al Sér Ideal, sin conseguir hallarle, percibirá en la Comunión Eucarística al Dios real y verdadero, que sólo baja hacia el hombre por la humildad y el amor; Dios de tal modo Absoluto, que es la Sustancia en Sí; de tal modo Universal, que conserva la personalidad del Sér; de tal modo Ideal, que no es una mera noción, sino una entidad concreta.

Tal es, Señor, el Verbo de Dios, que no contento con haberse encarnado en un momento histórico y providencial en la naturaleza humana, anhela encarnarse de continuo en cada una de las criaturas inteligentes y libres. Tal es el Sacramento de nuestros altares, que mostrándose como el supremo esfuerzo del poder y del amor, como la más alta expresión de la vida divina en la conciencia religiosa, realiza los inenarrables secretos de la perfección de las almas, y extiende por toda la superficie del mundo los pasos hermosos y benditos de los que evangelizan la paz, de los que evangelizan el bien. Las religiones y los pueblos que no admiten ese Misterio adorable, se han apartado de la verdadera Iglesia de Cristo, fuera de la cual todo es soberbia en el individuo, soberbia *teosófica* ó *racional*, esto es, la pretendida *iluminación interior* ó el *libre examen*; y, como consecuencia de esto, esas tendencias materialistas ó esos cristianismos ideales, sobre cuyos mezquinos fundamentos toda gloria que se edifique es efímera, toda pros-

peridad aparente, todo poder ambicioso y todo progreso estéril; porque el mundo no puede progresar realmente sino bajo el amparo de la Iglesia católica, única que consagra en sus Aras, que guarda en sus Tabernáculos, que reparte entre sus hijos á Jesucristo mismo, Pan vivo que desciende del Cielo para engrandecer y para purificar nuestra alma. *Ego sum panis vivus qui de cœlo descendi.*

Algunos momentos más, y termino, Señor, este discurso. He mencionado al principio la gloria de Fernando el Santo, y es muy justo consagrar rápidamente un elogio á aquella existencia preciosísima que parece colocada entre dos luces inmarcesibles: la luz de su primera Comunión y el resplandor de su Comunión postrera. Desde que aquel Monarca inolvidable recibió en su seno el Pan de la Eucaristía, su frente apareció sellada con dos sellos misteriosos: el sello de la humildad y el sello de la pureza; y si algo se les podía comparar en hermosura y en brillo, eran otros dos sellos indelebles esculpidos en su corazón y en su semblante; la justicia, que denotaba al representante de la autoridad divina, y la caridad, que hacía recordar constantemente á sus súbditos á aquel Padre común que está en los cielos. Y como la verdadera humildad no apaga la centella del genio, antes la hace más viva, la gloria de aquel Rey fué una gloria imperecedera y bendita. Como la castidad es el heroísmo incomparable con que el hombre sabe vencerse á sí mismo, el ejemplo de aquel

Rey fué un ejemplo bienhechor y fecundo. Como «la justicia consolida los reinos y eleva las naciones» (1), Fernando logró hacer de la España un pueblo fuerte, y asentarlo sobre bases de sabiduría. Como la caridad es la esencia de la vida cristiana, aquel corazón tan grande sólo guardaba en su fondo el secreto del gran Rey de la gloria para difundirlo después entre sus compañeros de armas y entre el desventurado y el pobre como rayos de luz.

¡Y qué celo el de Fernando el Santo por la Religión de Jesucristo! ¡Qué consideración y qué respeto hacia los sucesores de los Apóstoles! ¡Qué veneración y qué amor para con el Pastor Supremo de la Iglesia! Fernando busca siempre en la Religión su sombra y su apoyo, y las primeras palabras que pronuncia al acometer sus empresas son ya un grito de triunfo: «¡El Señor es mi ayuda!» *Dominus mihi adjutor* (2). Fernando se rodea de virtuosísimos Prelados que le guíen con sus oraciones; que le den con sus propias manos, y ante su ejército y su pueblo, la Hostia consagrada; que con él coloquen la primera piedra de suntuosas Basílicas; y en esa alianza del báculo y el cetro se robustece la fe y va constituyéndose la nacionalidad. Fernando es hijo sumiso y reverente del Vicario de Cristo, porque está cierto de que amar-

(1) Prov., XIV, 34.
(2) Ps. CXVII, 7.

le á él es amar á Jesucristo mismo: sabe bien que la memoria de la Eucaristía es inseparable de la fe y de la piedad de Pedro, que así exclamaba cuando la promesa Eucarística alejaba del Señor á algunos de sus discípulos: «Señor, ¿á quién sinó á Ti iremos? Tú solo tienes palabras de vida eterna» (1).

Y de tal carrera, tal fin; de tan ricas virtudes, tan hermosa corona. ¡Qué muerte, Señor, la de Fernando III! ¡Aquello no fué muerte, fué un tránsito! El Rey que había vivido con la vida de Cristo, se arroja del lecho para recibir el último Viático: toma un Crucifijo con una de sus manos, como para contemplar mejor la figura del Hombre-Dios que viene á visitarle; sostiene con la otra una candela, como para alumbrar el camino de la eternidad; queda por algunos instantes en éxtasis; entona después un himno, con acentos que no son ya de la tierra, y exhala aquel postrer suspiro que eleva su alma á Dios, y que bastó á su pueblo para contarle, áun antes de la declaración de la Iglesia, en el número de los Santos.

Señor: entre el comienzo de vuestra vida de Rey y el de la vida del hijo de Berenguela, nosotros descubrimos algunas analogías y algunas diferencias notables. ¡Plegue á Dios que unas y otras puedan servir de estímulo á vuestras virtudes y de pedestal á vuestra gloria! Habéis venido

(1) Joann., VI, 69.

al trono de vuestros mayores á la edad en que subió á él Fernando de Castilla. Habéis encontrado un pueblo donde todas las inteligencias serenas reconocen vuestro derecho, y todos los hombres desapasionados apoyarán vuestro poder, y todos los corazones os aman; pero un pueblo trabajado todavía por la división y la discordia. Tenéis, como San Fernando, una madre cariñosa y solícita, que puede daros mil provechosos consejos, envueltos en el perfume de ese amor maternal, tan puro y tan intenso, que casi alcanza intuiciones sobrehumanas. Pues bien. ¡Que ese Pan celestial haga tan recto el espíritu del adolescente y del hombre, como lo fué el de Fernando III; y que la Hostia Eucarística que ha de ser hoy llevada en triunfo por esas galerías, trayendo á la memoria las antiguas procesiones de Oriente, envíe sobre la estancia en que habitáis tal aliento de gracia y de virtud, que guarde siempre la pureza de vuestro corazón, tan necesaria para la salud del cuerpo y para la alegría del ánimo! ¡Que el Dios de la Eucaristía ilumine vuestro entendimiento para elegir los hombres de vuestro consejo, á fin de que éstos, atrayéndose voluntades con las manifestaciones de una religiosidad sincera, de una justicia inquebrantable y una probidad sin tacha, puedan hacer de este pueblo dividido, aquel gran pueblo que llenó los mundos con su historia! ¡Que el Dios de nuestra fe conserve la vida de vuestra católica Madre, á la que amamos tantos corazones agradeci-

dos, para que pueda prodigaros las ternuras de su corazón y las lecciones de su experiencia, hasta que logre bendecir á los hijos de vuestros hijos!

Entre las diferencias, Señor, sólo he de fijarme en una que impresiona fuertemente mi alma, porque dice relación al Sacramento Eucarístico y á la persona, por tantos títulos sagrada y augustísima, de cuyas manos por primera vez le recibisteis. Los Reyes del siglo XIII asistieron al apogeo de las glorias del Pontificado; Vos presenciáis el colmo de sus desgracias y sus abatimientos; pero Vos seréis tan fiel al Vicario de Cristo en su infortunio, como lo fueron en la cúspide de su grandeza Alfonso VIII, Fernando el Santo, Jaime I y Alfonso X. Acaso os estáis representando en este instante la tierna y conmovedora escena de vuestra primera Comunión, que estará grabada en vuestra memoria como un arco iris perpetuo. Conculcado estaba entonces vuestro derecho, y tal vez presentisteis en aquel acto solemne la hora de la reparación. Conculcado está hoy el derecho del Pontífice-Rey; pero sois tan joven, Señor, que habéis de ver lucir para él el día de la justicia. ¿Qué digo Vos? Quizás le veamos lucir nosotros mismos. Paréceme que oigo de los labios del Venerable Anciano aquellas hermosas frases: «¡Señor! ¿á quién sinó á Ti iremos?» Y podrá ser muy bien que Jesucristo, antes de visitar á Pío IX en su lecho de muerte, se digne devolverle sus esplendores de Rey en la ciudad donde reside. ¿Quién sabe?

Hay sobre nuestra cabeza como una atmósfera de misterio que suspende nuestro espíritu, un cielo de esperanzas que consuela nuestro corazón; y en el conjunto de cosas extraordinarias que viene contemplando el mundo y que conmueve á Europa, se nota algo de secreto y escondido donde todo espíritu creyente confía en que ha de aparecer muy pronto el dedo de la Providencia.

En fin, Señor, que vuestra vida sea como la vida de Fernando III, tan llena de candor, tan rica en glorias, tan santa y tan fecunda; sólo que sea más larga que la de aquel gran Rey, que tuvo un fin temprano. Pero que vuestra muerte sea exactamente como la de aquel excelso Monarca; muerte cristiana y edificante, en la que fortalecida el alma con la Hostia de la Eucaristía, confundida con el Cuerpo y el Espíritu de Cristo, al dejar la Majestad de la tierra ganéis una Majestad más alta en los reinos de la inmortalidad.

Acudamos ahora todos para buscar la felicidad verdadera, allí donde ésta nace y donde se consuma; en la fuente del Sér y de la Vida, en la esencia del Bien, en la Verdad Eterna, en el Amor Infinito. Lleguemos con frecuencia ante el altar cristiano para recibir á ese Dios hecho Hombre, y dejemos para cuando subamos al cielo el entenderle. Hagamos como aquel Rey, que no pudiendo sondear un abismo que absorbía el agua de caudalosos ríos, se arrojó en él exclamando: «¡Oh abismo! No pudiendo sondearte, recíbeme en tu seno.

¡O abysse! Cum te capere non valeam, tu me recipe!»

Y á Ti, ¡oh Rey inmortal de los siglos! Increado, Ingénito, Inmenso, Omnipotente: á Ti, ¡oh Verbo Divino! generación eterna, necesaria é inmanente de la Sabiduría del Padre, que bajo las más augustas especies ahí te ostentas rodeado invisiblemente de millares de Serafines, Querubines y Tronos: y á Ti, en fin, Espíritu Paráclito, eterna, necesaria é inmanente expiración del mutuo amor del Padre y el Verbo, sean dados honor, bendición y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

EN LAS SOLEMNÍSIMAS EXEQUIAS QUE POR EL ETERNO DESCANSO

DE S. M. LA REINA DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES

DE ORLEANS Y DE BORBON,

SE CELEBRARON

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE JAEN,

EL 6 DE JULIO DE 1878,

CON ASISTENCIA DE TODAS LAS AUTORIDADES

DE DICHA CIUDAD.